

El agente diplomático no necesita tener hoy la nobleza aristocrática, la privilegiada posición económica y los conocimientos castrenses que eran indispensables en la diplomacia clásica; pero deben ser, como indica Von Listz, hombres activos, astutos, que sepan no resbalar en los entarimados de los salones cortesianos. Su cultura tiene que ser sólida, adecuada al carácter de su función. Tal vez por ello la Sección Central del Instituto Libre de Enseñanza para la carrera diplomática, a propuesta del Tribunal examinador, por acuerdo de la Junta de gobierno de la Real Academia de Jurisprudencia, publica el libro de don Carlos Badía Malagrida *El factor geográfico en la política sudamericana*, que recientemente acaba de ser puesto a la venta en los escaparates.

Entre los diferentes factores que influyen en el desenvolvimiento de los acontecimientos históricos habría que señalar un factor etnográfico-demográfico, otro psicológico y otro económico, tan acentuado en la concepción marxista, aparte del estratégico, el cultural y de lo que es llamado por los filósofos el momento político. Pero también hay que analizar el factor geográfico, pieza fundamental, desenvuelta a partir de los luminosos estudios de Ratzel.

Aplicar estas normas geográficas al Continente americano parece debía ser el propósito del libro, y en parte lo consigue; pero en sus descripciones se nos narra el aterrador aspecto del mundo hispánico, fragmentado en múltiples formaciones estatales, algunas de ellas sin salida al mar, necesidad vital de los Estados, como la nación boliviana; luchando entre sí mientras en el horizonte se dibuja cada día con mayor claridad la presión económica anglosajona, que ocupa los puntos estratégicos de Cuba, Panamá, Nicaragua.

El autor estudia estas tendencias desde un punto de vista geográfico, indicando que, a su juicio, no responde el actual mapa político a las necesidades geofísicas. Sin embargo, tampoco se decide por una posición unitaria, por considerar que el continente americano tiene grandes diversidades geográficas (llanuras, volcanes, mesetas), botánicas (selvas, desiertos) y zoológicas que impiden la formación de un solo Estado, y, en su consecuencia, fracciona en grandes regiones, no siempre concordantes con las antiguas culturas



prehispánicas, las unidades geográficas de Hispanoamérica, la mejicana, antillana, brasileña, pacífica, argentina y colombiana.

Disentimos, sinceramente, de esta opinión, pues, a nuestro juicio, es la raza el elemento esencial de la nacionalidad, y ésta es uniforme para todo el continente. Sin que puedan objetarse argumentos, nada convincentes, sacados de los actuales tratados de paz, muchas veces alejados de toda idea de justicia, y que responden más bien a indicar la pujanza militar de las distintas potencias; ni tampoco las diversidades raciales de las tribus aborígenes, hoy completamente desdibujadas, y que a lo más podrían justificar una forma política de carácter federal.

Planteada de esta forma la materia, el autor entra en la exposición de los problemas geológicos, desigualmente expuestos en cada capítulo, y de los propiamente geográficos, incluyendo interesantes consideraciones estratégicas, como la concepción de la conquista española, que muestra un hábil plan de operaciones, mucho más admirable todavía en aquella época, en que tan desconocida era el área espacial del Nuevo Mundo; y así Colón ocupa las Antillas, llave naval del Golfo de Méjico, Balboa, el istmo de Panamá, punto neurálgico de todo el continente; Cortés sigue la ruta de Tlaxcala; Quesada hace subir a sus tropas por el río Magdalena; Pizarro traza en su itinerario la ruta del Marañón, y el intrépido Orellana sigue el Amazonas; Irala, el río de la Plata y sus afluentes, y Valdivia, el litoral chileno; plan cuyo olvido trajo trágicas consecuencias en la expedición de Maximiliano, que, internado en Méjico sin dominar la América Central, por la ruta de Tlaxcala, única vía de acceso a la meseta mejicana, rodeada de altas montañas, le valió el ser envuelto en las cordilleras por Juárez. Igualmente la guerra de la Independencia americana le sirve al autor para trazar las líneas defensivas y ofensivas de la geografía estratégica de la América del Sur.

Estas interesantes observaciones nos demuestran que el libro marca una nueva e interesantísima ruta, y aunque sus explicaciones geopolíticas nos parecen incompletas, no deja de tener algunas observaciones del mayor interés, como cuando afirma que los ríos de Argentina no constituyen rutas económicas, según la tesis ratzeliana, sino, por el contrario, fronteras políticas.

La obra ha constituido un gran éxito, y la favorable acogida se muestra con el hecho de haber presentado últimamente ante el público una segunda edición. El estilo, monótono, denso y pesado.